



BARRERA, B., *Jaime Sabines: una poética entre el cuerpo y la palabra*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, CSIC, 2004. 250 pp.  
ISBN: 84-00-08253-2

**M.<sup>a</sup> del Rocío Paradas González**  
(Doctoranda, Universidad de Sevilla, España)

Cuando se habla de poesía, rastreamos lugares míticos en Hispanoamérica donde el espíritu artístico de las musas identifica las más hondas raíces humanas. Entre estos parajes, la ciudad mexicana irradia luz propia, con unos antepasados líricos responsables del reconocimiento que, con el transcurso de los años, la han ido nutriendo de admiradores. Sin embargo, la llamada al poema no solo se escucha desde los maestros consagrados, sino que retumban ecos jóvenes que la han convertido en el motivo de su respiración. Resultaría equívoco aludir únicamente al mero placer estético, y limitado reducirnos a escritura testimonial. Se trata, pues, de una poesía experimental, confesional y dolorosa, detallista y sanguínea. Nos referimos, al fin, a verdaderos hallazgos como el de Jaime Sabines.

Sabines nunca fue un poeta que intentase obras supremas, pero supo hacer verdaderos cantos sublimes del círculo de sus obsesiones. Así lo descubre Beatriz Barrera a lo largo de este estudio, tan exhaustivo como esclarecedor, donde entenderemos cuál es el significado de recitar la antipoesía más poética y escuchar en el silencio artísticas palabras.

Ya en el primero de los capítulos se inicia un recorrido por los aspectos más biográficos del autor, con una infancia feliz, acomodada, rodeado de sus hermanos Juan y Jorge, bajo la tutela de sus progenitores doña Luz y el Mayor Julio Sabines. Corren los años entre el cariño incondicional hacia Tuxtla y la odiada inseguridad que despertaba la ciudad de México. Ambos entornos dejarán una huella imborrable en el poeta, y formarán parte de las ambigüedades que siempre acostumbraba a experimentar. La juventud de Sabines es la del hombre de escritura prolífica, que quiere beber de Juan Ramón, de Lorca y de Alberti, que prueba a qué sabe el placer sexual, la supuesta presión familiar por el futuro correcto y la angustia ante una muerte cercana. El Sabines de la madurez elige finalmente su camino y lo complementa con la carrera de Letras, pero el destino lo fustiga con otras pérdidas como la del padre, y se da paso a una alternancia entre lo

cotidiano y lo contemplativo, que conducirá muchas veces a etapas de “buena y mala” cosecha literaria.

De todos modos, la dualidad es algo que Jaime Sabines lleva consigo, es una semilla que florece con la división de la residencia, que está latente en gran parte de sus motivos de escritura, que señala la calificación de su estilo, de las constantes que considera, e incluso de su persona. Ahora bien, no limita, muy al contrario enriquece, engrandece la producción de su poesía vivida, y demuestra cómo sabe jugar no sólo con la voz de la creación, sino con la ausencia de ella. Jaime Sabines no pierde su deseo de seguir siendo autor aunque no escriba, y cuando lo hace proyecta, como en un diario de viaje, visiones testimoniales, fragmentarias, corporales, infundiendo sentimientos diversos con cada línea. Quizás se aleja en divagaciones más reflexivas, o quizás se acerca en planteamientos casi conversacionales. Utiliza las letras para plasmar lo que le preocupa o lo que lo atormenta, y calla cuando es más fuerte el dolor que la voluntad, cuando no encuentra combinaciones posibles para reducir la grieta.

Se hace referencia, en varios de los siguientes capítulos, a temas que definen muy bien el universo íntimo de Sabines. El símbolo del amor y de la mujer constituyó una fuente importante de inspiración en la realidad, e inunda prácticamente la totalidad de sus obras, recordándose como el poeta de “Los amorosos”. Las relaciones juveniles de “La Pelancha” y Conchita, su futura esposa, se mezclan con la imagen virginal y protectora de la madre y con la jugosa naturalidad de las infidelidades. Esta unión de protección y consuelo, refugio de la compañera, o satisfacción erótica provocarán una explosión de atributos femeninos que desembocará en un círculo blasfemo, incestuoso y carnal, pero dulcemente salvador. La Eva genérica adoptará una multitud de formas diferentes, aunque repose en ella un mismo núcleo: ser objeto de admiración, apetito y deleite.

Pero si el amor tiene un lugar privilegiado en la colección de Sabines, no menos reconocido es el fantasma de la enfermedad. Este ciudadano de Tuxtla es un escritor de versos enfermizos. Enferma de cariño, de encierro, de soledad en la urbe desconocida, enferma de flaqueza y debilidad, de tristeza por ser cómplice del horror, por continuar viviendo mientras otros mueren sin remedio, sin gritar, hablando entre lamentos, arrastrando la putrefacción de su alma. No podía ser de otra manera, teniendo en cuenta que por ella perdió a varios familiares entre los que se encontraba su padre, a quien dedicó una de las mejores creaciones: *Algo sobre la muerte del Mayor Sabines*. Como afirma, este poema se hizo sólo, sin pensarlo ni meditarlo: surgió de la pluma, impulsado por la pena y por la rabia que proyectaba en el poeta el cáncer, el Príncipe de la destrucción. Sabines, perdedor en una batalla que se estira desde las primeras agonías

paternas, describe cómo ese árbol que los ramificaba a todos ellos, cómo aquel hombre fuerte, aquel luchador de hierro, se deshizo en huesos rotos, en venas secas por la sarna del depredador, en tierra yerma y desnuda. Con su confesión parece querer mantenerlo vivo, en ese estilo en presente que tanta seguridad le aporta al hablar, y abundan, como en otras composiciones similares, elementos que remiten al cuerpo humano, en un intento de reconstruir lo deshecho, conjurando a la resurrección del corazón agotado. Perece su hermano Juan, y no sólo teme hacer poesía de poeta odioso, a la manera en que negaba que *Algo sobre la muerte del Mayor Sabines* tuviese tal denominación, sino que renuncia transmitir lo que lo supera: la esperanza de convertirse en un ser libre no le llegó a Juan con la rapidez del suicidio, ya que tuvo que resignarse a acabar despacio, siguiendo el ritmo cadencioso de la contaminación interior.

Junto a la enfermedad, que es el prólogo, la muerte. Esa noche oscura que tanto teme en las primeras obras, que lo confunde frente a la imposibilidad de vigilar sus pasos, se irá atenuando a medida que el autor toque los umbrales de la madurez, pero negar que constituye un pilar entre sus preocupaciones sería distorsionar la verdad. Esta condena hizo que el poeta perfeccionara un auténtico *ars moriendi* en el tratamiento del tema, que lo mimara con cada página hecha, y así se muestra en construcciones como la dedicada a su hermanastra Rosa, donde incluso se percibe una belleza angelical en su fallecimiento.

Como fondo, esta amalgama de ideas fluye bajo el debate moderno de sentirse poeta o rechazar su nombramiento, de impacientarse ante el improductivo silencio o preferirlo a la bobería engañosa del que se cree culto. ¿Por qué buscar ser un Octavio Paz del orden cuando está tan cerca el vértigo de “la cuarta dimensión”, alcanzar la inexistencia de sonidos líricos para convertirse en el Jaijai de la libertad? ¿Por qué acomodarnos en un discurso enmascarado de sabiduría pulcra, cuando podemos balancearnos en el límite entre recitar y enmudecer, comunicando en ambas situaciones tantas cosas? ¿De qué sirve lidiar por materializar el arte, cuando concebir ese parto no es más que mutilar las alas del artista?

En el capítulo noveno y final de este trabajo, Beatriz Barrera condensa las principales líneas que componían la atmósfera del contenido, perfilando los últimos retazos de la inquieta personalidad del chiapaneco, para cerrar así las indagaciones con las que abría su estudio. Es el momento de reencontrarnos con esa poética, de concluir las confesiones de todo un camino y de no olvidar el origen. La sustancia que hay en sus versos revela que el poeta de Sabines no descansa, pues escribir es una catarsis adictiva que alcanza su punto de algidez cuando el instinto vuela más rápido que la pluma.